

- 2 **La libertad de nuestra Pascua**
Juan David Izquierdo Ortiz
- 3 **La Pascua: Un despertar para cada uno de nosotros**
Juli Vice
- 4 **La Vida no tiene opuesto**
Robert Meissburger
- 6 **Aquí hay un solo yo**
Tori Fredrickson
- 8 **La promesa y practicidad de “Dios con nosotros”**
Robert Schult
- 10 **Elevada**
Patricia Kadick
- 11 **Cayado y vara**
Doris Ulich

CÓMO CONOCÍ LA CIENCIA CRISTIANA

- 12 **Al encontrar la Ciencia Cristiana, obtuve mi libertad**
Laura Victoria Rojas

BUENAS NOTICIAS

- 13 **Una resolución armoniosa a una situación de jubilación**
Blanca Estela Breccia

PARA NIÑOS

- 14 **Los pensamientos de Dios me sanaron**
Olive

PARA JOVENS

- 15 **¿Estrés en el aeropuerto? ¡La oración puede ayudar!**
Sarah Geis

- 16 **Dios: la fuente de la paz**
David Agudelo
- 18 **La oración restaura la audición**
Cecilia Carzoglio
- 19 **Encuentra paz y su hombro es sanado**
Suzanne Salvatore
- 21 **Inflamación de la piel sanada**
Colyn Case
- 22 **Curación de bronquiolitis**
Douglas Figueiredo

NOTICIAS DE LA IGLESIA

- 23 **Cambio de Redactora en Jefe de las publicaciones periódicas de la Ciencia Cristiana**
La Junta Directiva de la Ciencia Cristiana

ANUNCIO

- 24 **Invitación a la Asamblea Anual 2026**
La Junta Directiva de la Ciencia Cristiana
- 24 **¡Aleluya!**
Lisa Rennie Sytsma

La libertad de nuestra Pascua

Juan David Izquierdo Ortiz

Apareció primero el 30 de marzo de 2026 como original para la Web.Original en español

Para el pueblo que Moisés liberó de la esclavitud egipcia, la Pascua fue una travesía de entendimiento —de reconocimiento de su liberación del yugo de la esclavitud y de su estado como pueblo de Dios—. Selló su alianza con Dios y profundizó su gozo de ser mercedores de la Tierra Prometida.

Su gratitud debe de haber sido profunda, ya que se salvaron de una plaga mortal y de los esfuerzos por mantenerlos esclavos. Y continuarían siendo sostenidos durante sus cuarenta años de viaje a través del desierto. El maná aparecía a diario, el agua fluía de las rocas, y pilares de nubes y fuego los protegían y guiaban, día y noche. A lo largo de los siglos siguientes, la Pascua ha conmovido los corazones con el alegre reconocimiento del poder liberador de Dios.

Éxodo 6:6, 7 destaca cuatro conceptos que nos dan una visión sobre el significado de la celebración de la Pascua: “Os sacaré de debajo de las tareas pesadas de Egipto”, “Os libraré de su servidumbre”, “Os redimiré” y “Os tomaré por mi pueblo”. Estas promesas tienen una correlación absoluta con la enseñanza y el ejemplo de Cristo Jesús. Mary Baker Eddy, la Fundadora de la Ciencia Cristiana, explica: “Jesús ayudó a reconciliar al hombre con Dios dando al hombre un sentido más verdadero del Amor, el Principio divino de las enseñanzas de Jesús, y esta percepción más veraz del Amor redime al hombre de la ley de la materia, el pecado y la muerte, por la ley del Espíritu —la ley del Amor divino—” (*Ciencia y Salud con la Llave de las Escrituras*, pág. 19). Esta redención es la esencia no solo de la Pascua judía, sino también de la Pascua de Resurrección.

El mundo clama por ser liberado de la ley de la materia, el pecado y la muerte aún hoy. Jesús elevó el pensamiento humano al concepto de libertad basado en la Verdad, al declarar: “Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” (Juan

8:31, 32). Enseñó que la verdadera naturaleza de Dios es el Amor inmutable, en conformidad con Su creación y bendiciéndola eternamente; y reveló que los hijos de Dios son buenos, armoniosos y eternos. Estas verdades destruyeron la noción infundada de un dios castigador que retiene el bien y permite el mal en su universo.

El pensamiento humano ansioso, que limita su existencia a un estado personal y corporal, se esfuerza por encontrar libertad; por deshacerse de la pesada carga del temor y la servidumbre al pecado y la enfermedad. La Ciencia Cristiana demuestra que la verdadera libertad se encuentra en la totalidad de Dios y en la consiguiente nada del mal.

Hace unos años, me desperté en medio de la noche con mucha fiebre y flujo nasal persistentes. Parecía que pasaría una noche incómoda y, probablemente, varios días luchando por liberarme de la enfermedad. En ese momento, una frase de *Ciencia y Salud* iluminó mi conciencia: “Todo es la Mente infinita y su manifestación infinita, pues Dios es Todo-en-todo” (pág. 468). Razoné que si Dios, la Mente infinita, es todo, entonces ¿quién o qué podía estar pensando que tenía un resfriado? A medida que se aquietaban mis pensamientos, oraba para comprender lo que Dios conoce sobre Sí mismo y Su creación. La respuesta era clara: Todo es “bueno en gran manera” (Génesis 1:31). De inmediato, sentí un gran frescor y los síntomas se detuvieron. Minutos después, lleno de gratitud, me quedé dormido. Por la mañana, desperté completamente sano.

El Cristo, el mensaje divino de Dios a la consciencia humana, está siempre presente para liberarnos de la esclavitud de la creencia mortal. Como los hijos de Israel, podemos celebrar nuestra “Pascua”: nuestra redención de la esclavitud mental y física y nuestra herencia de bondad espiritual. En palabras de la Sra. Eddy: “La Ciencia Cristiana alza el estandarte de la libertad y exclama: “¡Sígueme! ¡Escapa de la esclavitud de la enfermedad, del pecado y de la muerte!” Jesús trazó el camino. Ciudadanos del mundo, ¡acepten ‘la libertad gloriosa de los hijos de Dios’ y sean libres! Este es su derecho divino” (*Ciencia y Salud*, pág. 227). La resurrección del pensamiento en la que el Cristo

nos invita a regocijarnos es nuestra Pascua —y nuestra Pascua de Resurrección— todos los días.

La Pascua: Un despertar para cada uno de nosotros

Juli Vice

Apareció primero el 30 de marzo de 2026 como original para la Web.

Hace un tiempo, tuve una experiencia reveladora que me dio una comprensión más profunda de la verdad que Jesús nos enseñó. Me costaba respirar y había momentos en los que temía no sobrevivir. Cuando llamé a una practicante de la Ciencia Cristiana para pedirle que me apoyara con la oración, ella se quedó amorosamente en el teléfono conmigo hasta que pasó la crisis. Me aferré a lo que ella me había dicho, y ambas seguimos orando por nuestra cuenta.

En algún momento durante aquella noche, me vino la pregunta: “¿De verdad aceptas lo que Cristo Jesús demostró para la humanidad a través de su resurrección? Probó que la muerte es irreal. ¿De verdad lo crees?” ¿Podría realmente aceptar el ejemplo de Jesús? Al pensar en esto, reconocí que la Vida es la verdad del ser, por lo tanto, de mi ser como imagen y semejanza de Dios. Jesús demostró la vida eterna y definitivamente podría aceptar eso como verdadero.

También me di cuenta de que Jesús, mientras estuvo en la tumba, estaba demostrando “el poder del Espíritu para anular el sentido material y mortal” (Mary Baker Eddy, *Ciencia y Salud con la Llave de las Escrituras*, pág. 44). Y lo hacía mentalmente. Así que esto significaba para mí que lo que necesitaba era aceptar que Dios era mi vida y que “La Vida es real, y la muerte es la ilusión” (*Ciencia y Salud*, pág. 428). Era solo una sugestión mental agresiva de que mi vida era frágil y temporal. Nunca debía aceptar esa sugestión.

Esta era una oportunidad para resolver qué era cierto acerca de mi vida. Realmente necesitaba un cambio en mi forma de pensar. Necesitaba ver que la Vida es Dios y es continua, porque la Vida es infinita y eterna. La Vida no puede ser interrumpida y, puesto que existimos en una Vida divina e infinita, nuestra existencia no puede apagarse. Me resultaba cada vez más claro que, aunque Jesús había sido difamado, torturado y crucificado, ninguno de esos sucesos humanos era la imagen real o espiritual y ninguno podía cambiar la ley eterna de la Vida.

Entonces comprendí que no precisaba quedarme atascada intentando aclarar si parecía estar sufriendo por el clima, por el contagio, o quizá incluso por estar “bajo el ataque” de los pensamientos y sentimientos de los demás. La verdad a la que debía aferrarme era que la ley inmutable de la Vida gobierna cada individuo por ser una idea de Dios, Su semejanza, incluyéndome a mí. Mi unidad inquebrantable y la de todos con nuestro Padre-Madre Dios, la Vida divina, era algo que podía recibir con agrado como verdad. Mi pensamiento había superado el miedo y, como resultado, mi respiración se volvió más normal y confié en el poder sanador de la Verdad divina.

Dos días después, volví a mi puesto como Primera Lectora de mi filial de la Iglesia de Cristo, Científico, sintiendo nada más que enorme gratitud y alegría por las lecciones de la resurrección de Jesús.

Esta curación me dio un nuevo aprecio por la Pascua, que se celebra en todo el mundo. Aunque a menudo se centra en la tristeza de la crucifixión, para mí ha sido importante dar gracias por el triunfo de la resurrección de Cristo Jesús, que ocurrió tres días después de ser crucificado.

La resurrección fue prueba de la ley de la Vida eterna que gobierna al hombre. Abrió aún más el pensamiento del mundo a la promesa de la “vida eterna”. De hecho, si observamos todas las demostraciones que presentó Cristo Jesús acerca del Amor divino, vemos que se hicieron para beneficio de la humanidad. Su vida y obra provocaron un cambio importante en el pensamiento, que dio a las personas una perspectiva más amplia, elevada y profunda, mucho más allá de sus creencias y

vidas limitadas, impregnadas de obediencia a las leyes materiales.

Jesús enseñó que Dios es Espíritu, y la Ciencia Cristiana ilumina el hecho de que, como reflejo de Dios, somos espirituales, completos y estamos seguros en Dios. Esta promesa se extiende a lo largo del tiempo. Podemos esperar sentirnos elevados al ver que la resurrección es parte de la Ciencia demostrable del Cristo, aplicable en cada una de nuestras vidas. Dios, la Vida divina, es Todo-en-todo. Puesto que esto es cierto, no puede haber un opuesto llamado muerte. Solo existe la Vida y la expresión de la Vida, que cada uno de nosotros es.

Uno de los sinónimos de *resurrección* es volver a *despertar*, lo cual se produce cada vez que nos damos cuenta de que la actividad de Dios, el bien, es lo único que realmente existe en todos los aspectos de nuestra vida.

Tal vez nos sintamos abatidos por las preocupaciones de este mundo, como si estuviéramos perdiendo la esperanza. La promesa de la resurrección —basada en el hecho espiritual de que la Vida, Dios, es Todo-en-todo— puede en realidad sacarnos de la desesperación y de una “muerte” de la esperanza. La ley de la Vida y el Amor es eterna e infinita. Lo gobierna todo. La prueba que dio Cristo Jesús de que la muerte no existe —en todos los sentidos— hace desaparecer la creencia en ella. Los pensamientos de muerte o de ausencia de verdad, amor, bondad, paz, vida, pueden redimirse a medida que despertamos a una visión más clara de estos hechos espirituales. Al razonar esto en oración, afirmándonos en la realidad de que Dios es todo Vida, vemos que todo aquello que es bueno no puede ser destruido.

La Verdad no puede ser destruida porque la Vida y la Verdad son sinónimos. Lo mismo ocurre con el Amor; está para siempre con nosotros. Y existimos para siempre como la expresión de la Vida, la Verdad y el Amor. La bondad y la paz son atributos de Dios, expresados a lo largo de toda la creación del Amor, lo que significa que siempre están presentes y activos de innumerables maneras.

Cuando recordamos que la Vida es Todo, podemos enfrentarnos con valentía y firmeza a los desafíos que tenemos delante. Vemos que cualquier creencia en la muerte no tiene ley ni espacio vital. Volvemos a

despertar a la promesa de la Vida y somos elevados para ver nuevas posibilidades del bien. La resurrección para nosotros es una promesa de la ley infinita, eterna y omniactiva de la Vida que podemos demostrar poco a poco: no tenemos que esperar el bien futuro.

Como preciadas expresiones de la Vida y el Amor, somos herederos del reino de los cielos, que está presente aquí y ahora. En este reino solo hay Vida abundante y bien infinito. Podemos dar gracias por la prueba que Cristo Jesús dio de esta verdad eterna, que nos bendice a todos.

La Vida no tiene opuesto

Robert Meissburger

Apareció primero el 30 de marzo de 2026 como original para la Web.Original en español

La Ciencia Cristiana enseña que la vida no termina con la transición llamada muerte, y hay varios relatos bíblicos que demuestran este hecho.

En el libro del Génesis (5:24) encontramos que caminó “Enoc con Dios: y desapareció, porque le llevó Dios”, lo que implica que no se encontró ningún cuerpo. Y Elías fue llevado “al cielo por un torbellino” (2 Reyes 2:11, NTV).

Pero la más poderosa de ellas es la historia de la resurrección y ascensión de Jesús. Después de una vida terrenal llena de grandes manifestaciones del amor y el poder sanador de Dios, incluida la resurrección de los muertos, Jesús fue crucificado y sepultado, y al tercer día después de su crucifixión, él se resucitó a sí mismo. Se apareció a sus discípulos y a otras personas durante algún tiempo después de su resurrección. En estas apariciones, Jesús se veía igual que antes, e incluso llevaba las marcas recibidas en el momento de su crucifixión.

Además, hay un relato bien documentado de Mary Baker Eddy, la Descubridora y Fundadora de la Ciencia Cristiana, de que ella resucitó a su secretario, Calvin Frye, de una aparente muerte. Otro miembro del personal de la Sra. Eddy le preguntó más tarde a Frye sobre su experiencia durante el tiempo en que pareció estar muerto, y su respuesta indicó que, para sí mismo, había seguido viviendo una vida normal (véase Yvonne Cache von Fettweis y Robert Townsend Warneck, *Mary Baker Eddy: Christian Healer*, pp. 363-364).

Estas historias y relatos me han sido muy útiles al momento de enfrentar la pérdida de seres queridos y conocidos. He encontrado consuelo al saber que la Vida no acaba porque la Vida es el Espíritu; no está en la materia. Cada uno de nosotros es un hijo de Dios: no hemos caído de nuestro estado elevado, no hemos vivido por un tiempo en la materia y luego hemos regresado a un estado elevado (véase Mary Baker Eddy, *Ciencia y Salud con la Llave de las Escrituras*, pág. 258). El hombre real está hecho a imagen y semejanza de Dios, y entonces el hombre es espiritual porque Dios es Espíritu eterno y puro. Como enseñó Jesús: “El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha” (Juan 6:63).

En el funeral de uno de mis hermanos, mientras yo compartía algunas ideas respecto a la vida y la muerte con una cuñada, ella hizo un comentario que me ayudó a ver que el nacimiento y la muerte no tienen parte alguna en la Vida. Esta frase todavía resuena en mi pensamiento y reafirma la verdad eterna de que la Vida no tiene opuesto, ni un antagonista llamado muerte. La Vida es Dios, por lo tanto, eterna; no pasa de un estado a otro para lograr la inmortalidad. No pasa por las etapas de nacimiento, desarrollo, madurez, decadencia y finalmente por la muerte, para luego alcanzar su estado verdadero. El hombre ya es espiritual y eterno, el reflejo de su Hacedor. Como dice Mary Baker Eddy en *Ciencia y Salud*: “Puesto que el hombre es el reflejo de su Hacedor, no está sujeto a nacimiento, crecimiento, madurez, decadencia. Estos sueños mortales son de origen humano, no divino” (pág. 305). Estos sueños mortales que parecen reales pueden ser superados y desechados cuando reconocemos nuestra verdadera condición como hijos de Dios, hechos a Su imagen y semejanza, como lo demostró Jesús.

La muerte de mi hermano ha hecho que el concepto de la muerte y los temores relacionados con ella a veces afloren en mis pensamientos, pero la Ciencia Cristiana me ha proporcionado ideas que han incrementado mi fe en la Vida, Dios. En un artículo titulado “¿Es que no existe la muerte?” de su libro *La unidad del bien*, la Sra. Eddy escribe: “Para los sentidos, la materia parece vivir y morir, y estos fenómenos parecen continuar *ad infinitum*; pero tal teoría implica un perpetuo desacuerdo con el Espíritu. Puesto que la Vida, Dios, está en todas partes, se deduce que la muerte no puede estar en ninguna parte, porque no queda lugar alguno para ella” (págs. 41-42).

Después del fallecimiento de mi hermano, de vez en cuando me invadía una sensación de vacío cuando recordaba las experiencias que compartimos, las cosas que dijimos y cómo nos acompañábamos el uno con el otro cuando éramos niños y a lo largo de nuestra vida. Me sentía desconsolado y abrumado por la idea de que nunca volvería a tener experiencias como esas con él. Además, me pregunté por qué le había sucedido esto a él, y me vino la sugestión de que algo similar podía pasarme a mí. Sin embargo, el estudio de la Ciencia Cristiana me ha demostrado que tanto la enfermedad como la muerte son creencias y experiencias de la mente mortal, no del hombre, y que cuando estamos conscientes de la verdad de que el hombre es puro y completo, esas creencias no tienen poder sobre nosotros.

He comprendido que ni mi hermano, ni yo, ni nadie más, está pasando, ha pasado ni puede pasar por tal experiencia. Todos somos hijos del Dios vivo, y dado que Dios no conoce ni envía enfermedades, las enfermedades no forman parte del hombre.

Ciencia y Salud afirma: “La sustancia, la Vida, la inteligencia, la Verdad y el Amor, que constituyen la Deidad, son reflejados por Su creación; y cuando subordinemos el falso testimonio de los sentidos corporales a los hechos de la Ciencia, veremos esta semejanza y reflejo verdaderos en todas partes” (pág. 516).

Estas enseñanzas me convencen de que mi hermano todavía está vivo en el Espíritu —el Principio divino que es la Vida eterna— como lo estará siempre.

Todos los días experimento la superación de la creencia en la realidad de la muerte. Cada desarmonía que se presenta en el reino material intenta convencernos de que estamos experimentando uno de los procesos materiales que inevitablemente nos llevan a la muerte. Pero la comprensión de que la realidad es pura y exclusivamente espiritual me da la fortaleza para rechazar esas discordias.

Hace poco, me apareció una pequeña mancha en el cuerpo cerca de la clavícula. Al principio no le presté atención. Sin embargo, después de un tiempo, me asusté un poco porque comenzó a crecer. Entonces, volví mi pensamiento a Dios y a la idea del hombre eterno, que no está sujeto a cambios ni procesos, ni asociado con condiciones materiales. La creencia errónea y el miedo desaparecieron. Algún tiempo después, me di cuenta de que no quedaba nada de la mancha.

Cuando descubrimos que la materia no es la realidad del hombre y que él es imperecedero, entonces la Vida se hace más presente para nosotros, y descubrimos que no tiene opuesto. Como afirma la Sra. Eddy, "... quien percibe la verdadera idea de la Vida pierde su creencia en la muerte" (*Ciencia y Salud*, pág. 325).

La Vida no tiene opuesto ni enemigo que pueda desafiarla.

Aquí hay un solo yo

Tori Fredrickson

Apareció primero el 20 de octubre de 2025 como original para la Web.

Cuando Moisés era un pastor en el desierto, escuchó a Dios llamarlo por su nombre y decir: "Yo soy el Dios de tu padre, Dios de Abraham, Dios de Isaac, y Dios de

Jacob" (Éxodo 3:6). Moisés no solo estaba escuchando *acerca de* Dios. Estaba escuchando a Dios mismo hablar y declarar el hecho fundamental de ser: "Yo soy". Era como si Dios estuviera diciendo: "Yo soy el Dios del que has oído hablar, y estoy presente aquí y ahora. Yo soy el Ser infinito".

Cuando Dios le dijo a Moisés que lo enviaba para liberar a los hebreos de la esclavitud en Egipto y llevarlos a una tierra que fluía leche y miel, Moisés respondió: "¿Quién soy yo para que vaya a Faraón, y saque de Egipto a los hijos de Israel?" (Éxodo 3:11). En este punto del diálogo hay dos yo muy diferentes que hablan. Hay un yo de ochenta años lleno de sentimientos de duda e ineptitud, y está el yo divino que declara con confianza Su capacidad para liberar a Su pueblo de la esclavitud y llevarlo a una buena tierra.

Dios le aseguró a Moisés: "Ciertamente estaré contigo" (Éxodo 3:12, KJV). En el pasado, entendí que esto significaba que la presencia y el poder de Dios estarían con Moisés a cada paso del camino, que Moisés no estaría solo. Eso era cierto, pero un día tuve una nueva y más profunda vislumbre de esta declaración. Se me ocurrió que cuando Dios dijo: "Ciertamente estaré contigo", Dios estaba declarando que habría un solo Yo, un Ego, un punto de vista, presente con Moisés y los hijos de Israel, y que el único Yo que hablaría, conocería y vería sería Dios, el gran Yo soy, no un sentido mortal del yo. Maravillada, me di cuenta de que una comprensión correcta del Yo soy, y del hombre como la expresión o el reflejo de Dios, es lo que sacó a los hijos de Israel de la esclavitud del yo mortal hacia la Tierra Prometida, o la verdad del ser.

En el Glosario del libro de texto de la Ciencia Cristiana, *Ciencia y Salud con la Llave de las Escrituras*, la definición que hace Mary Baker Eddy de "Yo, o Ego" incluye: "No hay sino un único Yo, o Nosotros, un único Principio divino, o Mente, que gobierna toda existencia" (pág. 588). Podemos tener una comprensión clara de que Dios es el único Principio divino o fuente de todo ser, y la única Mente que gobierna toda la existencia, pero ¿entendemos realmente lo que significa que Dios es el único Ego? El término *ego* se define como "tu consciencia de tu propia identidad" (vocabulary.com). Por ser el único Ego, Dios es consciente de Su propia

identidad, o Ser infinito. En otro de sus escritos, la Sra. Eddy explica: “Dios es *egoísta*, conociendo sólo Su propia omnipresencia, omnisciencia y omnipotencia” (*La unidad del bien*, pág. 27).

A veces, tal vez creamos que vivimos en un mundo de egos en colisión y puntos de vista polarizados. Incluso en nuestras oraciones, podríamos pensar sutilmente que hay dos egos diferentes que hablan: un yo mortal consciente de un problema y la Mente divina, que solo conoce la perfección.

Pero nuestra Guía declara: “Dios es toda consciencia verdadera” (*La unidad del bien*, pág. 4). Debemos llegar a ver que no hay otra consciencia o percepción que la consciencia divina, el conocimiento de la Mente divina. El hombre, hecho a imagen y semejanza de Dios, refleja esa consciencia divina.

No hay una consciencia material de pecado, enfermedad y muerte y una consciencia espiritual de santidad, salud e inmortalidad. Toda creencia en una consciencia mortal, o en una mente aparte de Dios, debe ceder ante la realidad del único Ego, el único Yo, el único punto de vista.

Hace unos años, experimenté el poder sanador que proviene de comprender la verdad de este punto de vista divino, expresado en la creación de Dios. Una mañana me desperté y me resultó difícil moverme sin tener un dolor intenso en la espalda. Parecía que algo estaba fuera de lugar, así que comencé a orar, reconociendo que todo lo relacionado con mi pensamiento y mi ser está alineado para siempre con Dios.

Mientras oraba, recordé un momento en que me pidieron que llevara a una persona a una cita con un quiropráctico. Este hizo algunos ajustes físicos en la espalda de la persona y luego le dijo que tendría que regresar para más citas porque los ajustes físicos no se mantendrían.

Pensé que era extraño que me viniera este recuerdo, porque había asumido el compromiso de comprender que soy espiritual, no material, y que dependía plenamente de la Ciencia Cristiana. Por lo tanto, sabía que no estaba tratando de ajustar la materia. Mi único

enfoque en ese momento era alinear mi pensamiento con el pensamiento de Dios.

Durante varios días, negué la sugestión de que mi vida está en la materia y afirmé el hecho espiritual del ser armonioso, pero no parecía progresar mucho en desafiar el dolor. Luego leí un artículo en el *Journal* que señalaba que un practicante se dedica a observar la vida desde un solo punto de vista: el de Dios. Me di cuenta de que necesitaba abandonar el pensamiento de que tenía una mente aparte de Dios que conocía la sustancia aparte de Dios. Comencé a afirmar que solo hay una Mente en la escena: la Mente de Cristo. No hay una mente que necesite ajustar su pensamiento. No hay una mente con una visión dolorosa y limitada del cuerpo que necesite ser sanada. Por primera vez en días, pude pensar con claridad y moverme libremente. Me liberé de toda rigidez y dolor, y de una sensación de carga.

Entonces percibí que mis oraciones anteriores habían sido un intento mal dirigido de “quiropática espiritual”. Había estado tratando de ser obediente a las instrucciones importantes en los escritos de la Sra. Eddy que insisten en que debemos asegurarnos de que nuestros pensamientos y vidas estén de acuerdo con lo que es espiritual y verdadero, pasajes como: “Mantén tu pensamiento firmemente en lo perdurable, lo bueno y lo verdadero y los traerás a tu experiencia en la proporción en que ocupen tus pensamientos” (*Ciencia y Salud*, pág. 261) y “Vivir de tal manera que la consciencia humana se mantenga en constante relación con lo divino, lo espiritual y lo eterno, es individualizar el poder infinito; y esto es la Ciencia Cristiana” (*La Primera Iglesia de Cristo, Científico, y Miscelánea*, pág. 160). Mis esfuerzos fueron sinceros, pero en mi caso, se basaban en una premisa defectuosa: la creencia de que tenía pensamientos separados de Dios.

Lo que produjo la curación fue comprender que no hay dos puntos de vista de la realidad: un punto de vista mortal y erróneo y el punto de vista correcto de la Verdad. Solo existe la Mente única que conoce para siempre su propia armonía eterna y perfección infinita. Por lo tanto, no había ningún pensamiento o sustancia real que necesitara ajuste o alineación.

Después de dar un testimonio sobre esta curación en una reunión del miércoles por la noche en mi iglesia de la Ciencia Cristiana, un amigo compartió que la palabra *alineación* no se usa en los escritos publicados de la Sra. Eddy. Mi amigo también compartió la declaración de la Sra. Eddy: “Dios es Todo-en-todo, y nunca es posible estar fuera de Su unicidad” (*La unidad del bien*, pág. 24). Esta declaración dejó aún más claro para mí por qué los estudiantes de la Ciencia Cristiana trabajan desde una premisa incorrecta si tratamos de alinear nuestros pensamientos y nuestra sustancia con los pensamientos y la sustancia de Dios. La alineación implica organizar dos o más cosas en línea recta. La necesidad de alineación se basa en la mentira del dualismo, no en la verdad de que “el Principio y su idea es uno” (*Ciencia y Salud*, pág. 465).

Desde una perspectiva humana, la alineación puede parecer lo que está sucediendo: nuestros pensamientos y vidas se acercan a Dios. Pero a medida que nos volvemos humildemente a Dios, el Cristo nos muestra que es divinamente natural para nosotros aferrarnos con firmeza a la verdad y pensar continuamente los pensamientos de Dios, porque siempre somos uno con Dios como Su reflejo, y por lo tanto, nuestra consciencia es un reflejo de la consciencia divina.

Comprender estos hechos sobre la consciencia transforma nuestro sentido de la práctica sanadora. Nos damos cuenta de que no estamos tratando de aferrarnos a una verdad que tememos perder de vista. En cambio, en nuestra práctica estamos reconociendo con alegría que la única consciencia divina, el único Ego, está siempre en la escena y está haciendo todo el conocimiento, y que siempre somos uno con el Dios omnisciente, la Verdad, y sabemos lo que Él sabe.

La curación en la Ciencia Cristiana se basa en reconocer, celebrar y demostrar el hecho eterno de que Dios y el hombre —el original y el reflejo, la causa y el efecto— son uno para siempre. Es nuestro privilegio demostrar esta unidad. ¿Cómo hacemos esto? Debemos rechazar la creencia falsa de que conocemos, sentimos, oímos y pensamos desde el medio de la materia o a través de los cinco sentidos físicos. Debemos reconocer que la única consciencia que está presente es la consciencia divina:

la visión del Alma y el sentido del Espíritu de la Vida, la Verdad y el Amor.

En *No y Sí*, la Sra. Eddy escribió: “Tener un solo Dios, una sola Mente, una sola consciencia, — la cual incluye únicamente su propia naturaleza, — y amar al prójimo como a sí mismo, constituye la Ciencia Cristiana, la cual debe demostrar la nada de cualquier otro estado u otra fase del ser” (pág. 38). Comprender y demostrar el único Yo soy, la única consciencia, es la esencia de toda curación eficaz.

La promesa y practicidad de “Dios con nosotros”

Robert Schult

Apareció primero el 25 de septiembre de 2025 como original para la Web.

Cuando escuché de niño por primera vez la historia bíblica de Sadrac, Mesac y Abed-nego en el horno de fuego (véase Daniel 3), me dejó una impresión perdurable. La imagen mental de la experiencia de estos jóvenes hebreos, condenados a morir en el fuego si no adoraban al ídolo que el rey Nabucodonosor había hecho erigir, pero que salieron completamente ilesos, fue aterradora e inspiradora para mí. Me preguntaba si alguna vez tendría el valor que ellos habían tenido o la fe en Dios que les dio ese valor.

Lo que más me impresionó fue su respuesta al rey justo antes de que fueran arrojados a las llamas: “He aquí nuestro Dios a quien servimos puede librarnos del horno de fuego ardiendo; y de tu mano, oh rey, nos librarás. Y si no, sepas, oh rey, que no serviremos a tus dioses, ni tampoco adoraremos la estatua que has levantado”. Su devoción por servir a Dios, pase lo que pase, realmente me conmovió.

A lo largo de los años desde entonces, he pensado profundamente en su confianza inquebrantable en Dios, el bien, como el único poder y en cómo su

sabiduría y valor moral al tomar tal posición eliminaron el miedo, abriéndoles el camino para experimentar la protección de Dios. Y, de hecho, el relato dice que el propio Nabucodonosor reconoció que los tres estaban ilesos porque “el Dios... de Sadrac, Mesac y Abed-nego [...] libró a sus siervos que confiaron en él”.

Al observar las vidas de estos tres individuos antes de esta experiencia, vemos que fueron reconocidos por su sabiduría y conocimiento, tanto que Nabucodonosor los promovió a posiciones de autoridad a pesar de que eran cautivos. Es evidente que vivieron su fe en Dios en lugar de hablar de ella. Es por eso que su primera respuesta fue: “Nuestro Dios a quien servimos puede librarnos”. Ya lo habían estado demostrando.

Al reflexionar sobre este relato bíblico en relación con mi estudio de *Ciencia y Salud con la Llave de las Escrituras*, escrito por Mary Baker Eddy, he llegado a verlo como mucho más que un ejemplo milagroso de intervención divina. *Ciencia y Salud* explica: “El Amor divino, que volvió inofensiva la víbora venenosa, que libró a los hombres del aceite hirviendo, del horno de fuego ardiendo y de las fauces del león, puede sanar al enfermo en toda época y triunfar sobre el pecado y la muerte. ... Que esas maravillas no se repitan con mayor frecuencia hoy en día, surge no tanto de la falta de deseo como de la falta de crecimiento espiritual” (pág. 243).

Qué cierto es eso. El Cristo mismo— “la verdadera idea que proclama el bien, el divino mensaje de Dios a los hombres que habla a la consciencia humana. ... que sana a enfermos y echa fuera los males, que destruye el pecado, la enfermedad y la muerte—” (*Ciencia y Salud*, pág. 332), que estaba con esos tres hombres en el horno de fuego, todavía está presente para salvar a la humanidad de la enfermedad, el pecado y la muerte. Y nos damos cuenta de esto cuanto más crecemos espiritualmente.

La Sra. Eddy escribe sobre las curaciones que Jesús logró durante su ministerio: “Ahora como entonces, estas obras poderosas no son sobrenaturales, sino supremamente naturales. Son la señal de Emanuel, o ‘Dios con nosotros’ —una influencia divina siempre presente en la consciencia humana y que se repite, viniendo ahora como fue prometida antaño—:

“A pregonar libertad a los cautivos [del sentido], Y vista a los ciegos; A poner en libertad a los oprimidos” (*Ciencia y Salud*, pág. xi).

“Supremamente naturales”. ¡Qué maravillosa promesa se nos da!

Hace años, no mucho después de comenzar con mi familia un juego de fútbol americano de toque, me empujaron en un momento en que mi pie estaba atrapado en una depresión en el suelo. Escuché un chasquido y sentí un dolor intenso. Cojeé hasta los escalones del porche y me senté a ordenar mis pensamientos. Los miembros de mi familia vinieron a ver cómo estaba. Les dije que iba a orar y que siguieran con el juego.

Entré en la casa, me senté y me volví a Dios en oración en busca de consuelo y curación. Seriamente tomé la posición mental de que solo podía experimentar el bien, ya que Dios, el bien, es la única causa y Su amor me rodea. Declaré que soy hijo de Dios y que, puesto que Él es Espíritu, yo soy espiritual. Ningún evento material o supuesta ley podía limitarme o dañarme porque soy la creación perfecta del Espíritu. Mi pensamiento estaba tan lleno de las edificantes verdades que me venían de Dios que no había lugar para la duda o el temor. Al igual que esos hombres hebreos, confiaba en que Dios me libraría del mal.

No obstante, cuando intenté ponerme de pie, no pude usar el pie. Vi un paraguas en el vestíbulo de entrada y lo agarré para usarlo como bastón. Pero tan pronto como puse mi peso sobre él, se deslizó por el suelo y todo mi peso pasó a mi pie herido. De hecho, me reí de la escena, al recordar esto de *Ciencia y Salud*: “Las pruebas enseñan a los mortales a no apoyarse en báculo material —caña cascada que traspasa el corazón—” (pág. 66).

Si bien no había nada de malo en usar algo para ayudarme a moverme, el mensaje para mí era que necesitaba —y podía— apoyarme en Dios, y solo en Dios, para sanar. Confié en que mi relación con Él es inquebrantable, intachable y perfecta.

Los días siguientes fueron todo un desafío. Pero estaba tan seguro de que la curación espiritual era supremamente natural que pude declarar con total

certeza que el mal no tenía poder alguno para hacerme ponerlo por encima de Dios, para hacerme creer en él, inclinarme ante él o temerlo.

Dos semanas después, estaba en un avión que se dirigía a una convención al otro lado del país y pude caminar y estar de pie por horas durante varios días. Quedaba una ligera dificultad para caminar, y cuando un colega me preguntó al respecto, le dije que me había lastimado el pie pero que estaba dando cada paso con Dios. Preocupado por mi bienestar, dijo que lesiones como la mía podían provocar reumatismo o artritis en años posteriores si no eran atendidas por un médico. Pero no mucho después de la convención, sané por completo, y en las dos décadas transcurridas desde entonces, no he experimentado secuelas.

Después de la experiencia del horno de fuego, Sadrac, Mesac y Abed-nego ni siquiera tenían olor a fuego. La historia bíblica que me había fascinado de niño se ha vuelto muy práctica para mí al ayudarme a aprender a amar y confiar en Dios por encima de todo. Yo también puedo salir de experiencias difíciles sin que me toque nada desemejante a Dios, el bien.

Elevada

Patricia Kadick

Apareció primero el 2 de febrero de 2026 como original para la Web.

Después de pasar unas horas escribiendo en mi café favorito —explorando ideas que no dejaban de venirme a la mente de la frase “la verdadera consciencia de la Vida como Amor”— planeaba ir a un Habitat para la Humanidad Restore cercano para encontrar tesoros de otro tipo.

La frase proviene del libro de Mary Baker Eddy *Ciencia y Salud con la Llave de las Escrituras*, y antes de salir del café, decidí reflexionar más sobre la declaración completa de la que proviene, que transmite una lección

intrigante: “Contradice mentalmente toda queja del cuerpo, y elévate a la verdadera consciencia de la Vida como Amor —como todo lo que es puro y lleva los frutos del Espíritu—” (pág. 391).

Los diversos significados y sinónimos del verbo *llevar*, incluyendo producir, traer y tener (vocabulary.com), me cautivaron. Aún más el uso que hace la autora de la palabra *cuerpo* primero y luego *consciencia* — al sugerir la demanda natural de reconocer la Vida, Dios, la sustancia de mi vida y la de todos, no como un cuerpo físico sino como la consciencia misma —. Este reconocimiento requiere a su vez pureza de pensamiento y acción. La idea de ascender por encima de lo que parece humano fue muy elevadora y liberadora, porque la demanda connota nuestra capacidad para liberarnos de la creencia de la existencia en la materialidad.

Aunque no era consciente de ello específicamente, esas ideas deben de haber llenado mi pensamiento mientras conducía hacia la tienda de segunda mano, que estaba en un edificio antiguo con una entrada compuesta por dos puertas separadas por unos pocos metros del suelo de hormigón. Al abrir la primera puerta, me distrajo un grupo de personas que salía y mi pie tropezó en el escalón. Caí duramente de rodillas en el hormigón.

Rápidamente vi que no había nada a lo que pudiera agarrarme para levantarme. El dolor era intenso, pero no tenía miedo. En retrospectiva, creo que esto se debe a que sentí palpablemente la presencia del cuidado de Dios; no hay otra explicación.

Y entonces experimenté la sagrada humanidad en acción: un hombre hermoso extendiendo las manos para ayudarme a levantarme. ¿No fue eso como Jesús nos ordenó amar: hacer a los demás lo que nosotros quisiéramos que nos hicieran a nosotros? El hombre me preguntó si estaba bien. Dije que sí con convicción y pude poner mi mano tranquilamente en su brazo, mirarle a los ojos y darle las gracias.

Entré en la tienda, afirmando que solo había ocurrido la bondad de Dios, no un tropiezo. Al pensar en esto más tarde, me di cuenta de que la afirmación de *Ciencia y Salud* “Los accidentes son desconocidos para Dios...” (pág. 424) es en realidad una ley. Curiosamente,

durante mis oraciones en la tienda de segunda mano, esa frase no me había venido a la mente, lo que me demuestra claramente que la validez de cada verdad enseñada en la Ciencia Cristiana está vinculada a la de cualquier otra verdad.

Les aseguré a quienes habían visto lo ocurrido: “Estoy bien” —aunque sentí que una rodilla se hinchaba y luego noté que la hinchazón bajaba igualmente rápido. Y aunque al principio me dolía la pierna mientras cojeaba, pronto, al dar una vuelta por la pequeña tienda, el dolor desapareció por completo. No solo eso, sino que nunca me conmovió, ni sentí efectos secundarios salvo reconocer la necesidad de estar más alerta de aceptar la realidad de la ley espiritual.

Como siempre, me encantó todo lo que encontré en la tienda, pero sobre todo me deleitó el don de Dios de Su presencia perfecta y permanente; una prueba más de que cada momento de meditación y oración con verdades de la bondad de Dios es un regalo para el siguiente momento.

Me parece que cada afirmación en *Ciencia y Salud* prueba irrefutablemente la ley de la fiabilidad de Dios. Después de todo, el salmista declara: “¿Dónde puedo escapar de Tu espíritu? ¿A dónde puedo huir de Tu presencia? ... Si alzo vuelo con el amanecer, ... incluso allí me guiará Tu mano” (Salmos 139:7, 9, 10, Jewish Publication Society Hebreo-Inglés TANAKH).

Cayado y vara

Doris Ulich

Apareció primero el 6 de octubre de 2025 como original para la Web. Publicado originalmente en alemán

El camino era empinado. Y continuó siendo empinado. Apenas llegaba a una meseta cuando comenzaba la siguiente subida. Cuanto más subía, más disminuía mi alegría en el hermoso y soleado entorno. Llegué al punto en que mi agotamiento se convirtió en pánico y me

decía: “¡Y ni siquiera estás cerca de la mitad de esta etapa del recorrido!”.

Esto fue en el segundo día de una caminata de una semana. Esa mañana, como todos los días, había renovado mi provisión de ideas espirituales frescas antes de desayunar. Porque, aunque quiero mantener mi equipo ligero, debo incluir la edición de texto completo del *Cuaderno Trimestral de la Ciencia Cristiana*. Este cuadernillo ofrece las citas de la Biblia y del libro de Mary Baker Eddy, *Ciencia y Salud con la Llave de las Escrituras*, que componen una Lección Bíblica para cada semana. La Lección me brinda inspiración y me fortalece mediante ejemplos del cuidado y el amor de Dios, al motivarme, animarme y, sí, amonestarme, para que, con la ayuda de Dios, pueda ser fuerte y seguir adelante en la vida.

Pero en ese momento de gran necesidad, mi pensamiento estaba tan nublado por la tensión y el esfuerzo que ninguno de estos edificantes pensamientos parecía estar presente, solo la necesidad. Al recordarlo, puedo decir que permití que me obsesionaran pensamientos como “Hace mucho calor. Falta tanto por recorrer, y yo no soy lo suficientemente fuerte”.

Y entonces, justo frente a mí, en medio del camino a través del pedregal, vi una rama. La recogí sin dudarla. Se ajustaba perfectamente a mi mano y tenía exactamente la longitud adecuada para apoyarme en ella como un bastón de senderismo. Me embargó un profundo alivio y sentí que había recibido un regalo, y las nubes oscuras del agotamiento y la frustración se disolvieron por completo.

¿No describe perfectamente este consuelo el Salmo 23, que dice de Dios: “tú estarás conmigo; Tu vara y tu cayado me infundirán aliento” (versículo 4)? La vara y el cayado del pastor no solo lo sostienen; lo ayudan a guiar a las ovejas por el camino a los pastos y a través de valles oscuros. El pastor conoce el camino, y nunca deja que a sus ovejas les falte nada. Confiadas en esto, ellas siguen al pastor, incluso por caminos accidentados.

Este cayado que sostenía restauró la confianza en mi corazón de que el consuelo que brinda ese salmo es verdadero y que podía experimentarlo de una manera

que me fortalecería. David, el autor, era pastor. Conocía las cualidades de un buen pastor, y en este salmo en particular, las relacionó muy vívidamente con la omnipresencia y guía de Dios y con Su consuelo cariñoso y edificante.

Con este apoyo, estaba preparada para recibir nuevamente los mensajes del Cristo, pensamientos que contienen lo divinamente bueno, verdadero y perfecto. En este caso, el mensaje consistía en dos citas que me habían impresionado particularmente mientras leía la Lección Bíblica esa mañana. Uno es de Pablo y dice: “He aquí, ahora es el tiempo propicio; he aquí, ahora es el día de salvación” (2 Corintios 6:2, LBLA). Esta palabra *ahora* siempre es válida, incluso cuando caminamos por un valle oscuro. El día de salvación es ahora, y ese no es el día de darse por vencido, de sentirse impotente o preocupado. Ahora es el día en el que lo que se presenta como inaceptable cambiará. Ahora está lleno de la presencia de Dios, porque Dios, el bien, siempre está con nosotros y nos cuida con mucho amor a lo largo de nuestro camino brindándonos consuelo, fortaleza y buenas soluciones.

La segunda cita es de *Ciencia y Salud*: “En la Ciencia Cristiana, Espíritu, como nombre propio, es el nombre del Ser Supremo. Significa cantidad y calidad y se aplica exclusivamente a Dios” (pág. 93). Eran las palabras *cantidad* y *calidad* las que resonaban en mí. La preocupación de contar kilómetros y metros sobre el nivel del mar no tenía nada que ver con la abundancia que venía de Dios, el Espíritu. Esa preocupación oscurecía la calidad de la creación divina que me rodeaba y de la que formaba parte, equipada con habilidad y fuerza. El Espíritu no conoce la limitación, porque el Espíritu es infinito. Y fue entonces que pude relacionar ese hecho conmigo misma, Su hija, Su amada y empoderada imagen y semejanza.

El resultado fue que durante el resto de esa etapa pude pensar con claridad y orar, seguir al Pastor, Dios, y luego alcanzar la meta para esa etapa (que incluía una mesa bien puesta) con alegría y gratitud. En los días siguientes, caminé por alturas gloriosas, que es donde también estaban mis pensamientos. La Lección Bíblica con sus fortalecedores e inspiradores mensajes

continuó acompañándome, y todos los días fue mi vara y mi cayado, dejándome bien equipada.

Estoy muy agradecida a Mary Baker Eddy por establecer estas Lecciones Bíblicas, que tienen un mensaje que siempre nos acompaña, fortalece y guía con verdades edificantes dondequiera que vayamos. Este mensaje estuvo presente conmigo en el momento más oscuro de mi caminata, aunque no era consciente de ello. Eso demuestra que los pensamientos limitantes no pueden perdurar en presencia del Ser Supremo, Dios, el Espíritu, que ahora, en este tiempo aceptable, llena todo el espacio de amor, para que podamos recibir consuelo y fortaleza a cada momento.

Fue lindo poder apoyarme en ese cayado mientras caminaba, pero lo que es mucho más valioso para mí es que, dondequiera que vaya, siempre tengo conmigo la certeza de un cayado y una vara prácticos en lo que la Lección Bíblica revela.

CÓMO CONOCÍ LA CIENCIA CRISTIANA

Al encontrar la Ciencia Cristiana, obtuve mi libertad

Laura Victoria Rojas

Apareció primero el 8 de diciembre de 2025 como original para la Web.Original en español

He sido estudiante de la Ciencia Cristiana desde 1988. Me enteré acerca de la Ciencia Cristiana cuando buscaba un cambio en mi vida. En aquel momento, me había distanciado de otras iglesias y finalmente renuncié a mi antigua religión, ya que no me conectaba con su dogma. Sentí que podía estar en comunión con Dios en cualquier momento y desde cualquier lugar y que no necesitaba un intermediario. Durante este tiempo, le dije a un amigo cercano que quería encontrar una religión que me permitiera comprender mejor a Dios. Esa persona —el hombre que más tarde se

convertiría en mi esposo— recordó que unos diez años antes, había llevado a alguien a una iglesia para que lo sanaran. Mencionó que los miércoles había reuniones de testimonios de curación en esta iglesia. Decidí ir.

Anteriormente, cada vez que visitaba una iglesia la criticaba. Decidí que la próxima vez que fuera a una iglesia no la criticaría, y que al menos asistiría a ella cinco veces y sería más receptiva a los miembros y las ideas que se compartían. Mi amigo y yo asistimos al servicio de la iglesia de la Ciencia Cristiana y nos recibió una pareja encantadora. El servicio del miércoles me pareció muy hermoso. Sentí que esto era lo que necesitaba, porque me presentaba a un Dios que es del todo amoroso y está siempre presente.

Cuando terminó el servicio, le pregunté a uno de los lectores cómo podía obtener el libro de texto de la Ciencia Cristiana, *Ciencia y Salud con la Llave de las Escrituras*, por Mary Baker Eddy. Me dio un ejemplar y me intrigó mucho. Llegué a casa y me puse a leer el libro hasta el amanecer.

Aunque lo leí apresuradamente, como alguien que bebe un vaso de agua en el desierto, las ideas de *Ciencia y Salud* corrigieron conceptos erróneos que tenía sobre la creación y la vida en general. Mientras leía cada página, sentía que esto era lo que estaba buscando. En la página 258 encontré una sección que decía: “El Principio infinito es reflejado por la idea infinita y la individualidad espiritual...” Hice un brinco al cielo cuando leí esto, porque me hablaba de libertad, la libertad que estaba buscando. Me di cuenta de que debido a que Dios es el Principio infinito, somos Sus ideas infinitas y espirituales, siempre libres, reflejamos la salud y expresamos la perfección divina. Esto es lo que necesitaba entender. Más tarde, las ideas del libro de texto me ayudaron a criar a mis hijos. Gracias a mi estudio de *Ciencia y Salud*, ahora entiendo que mis hijos son hijos de Dios, siempre amados y cuidados.

Poco después de haber comenzado a estudiar la Lección Bíblica semanal, comencé a tener curaciones. Había sufrido de migrañas debido a mi ciclo mensual, y como resultado de profundizar mi estudio de la Ciencia Cristiana, fueron sanadas. Me uní a la iglesia filial local y desde entonces nunca me perdí un servicio de

miércoles o domingo. Cuando comencé a ver todo a la luz de esta Ciencia, se resolvieron los desafíos familiares y económicos. También iba a la Sala de Lectura y leía los *Heraldos* en español e investigaba la Biblia y otra literatura de la Ciencia Cristiana.

Decidí tomar la Clase de Instrucción Primaria de la Ciencia Cristiana para profundizar mi comprensión espiritual. Fue una gran bendición. La clase me ayudó a darme cuenta de que Dios es del todo bueno y que el hombre está hecho a Su imagen y semejanza. También me encantó particularmente aprender sobre los siete sinónimos que Mary Baker Eddy da para Dios en *Ciencia y Salud*: Principio, Espíritu, Mente, Alma, Vida, Verdad y Amor (véase pág. 465). Trabajar con cada uno de estos sinónimos me ayudó a comprender las infinitas cualidades espirituales que Dios expresa en Su creación y cómo esto nos permite superar los desafíos de la vida.

Estoy muy agradecida por todas las bendiciones que he recibido desde que conocí la Ciencia Cristiana y profundicé en la Verdad divina. Si alguien me pregunta qué significa la Ciencia Cristiana para mí, diré que la libertad absoluta. Encontrarla me cambió la vida.

BUENAS NOTICIAS

Una resolución armoniosa a una situación de jubilación

Blanca Estela Breccia

Apareció primero el 12 de enero de 2026 como original para la Web. Original en español

Hace aproximadamente seis años, tuve una experiencia que me enseñó el valor práctico de la Ciencia Cristiana. Vivo en Argentina, y después de una carrera docente de más de veinticinco años, felizmente decidí retirarme. Se habían cumplido todos los requisitos legales y condiciones reglamentarias.

Sin embargo, algunos meses después me enteré de que la pequeña escuela privada para la que trabajaba, que tenía recursos limitados, debía dinero a su fondo de jubilación y no había podido llegar a un acuerdo de pago, lo que provocó que mi proceso de jubilación se estancara. Tuve que contratar a una abogada para tratar de poner en marcha el proceso.

Durante ese tiempo, estaba afirmando la presencia de Dios y pidiéndole guía y ayuda, pero también estaba llena de ansiedad y desconfianza. Sabía que yo no tenía la culpa de la demora y sentí que me estaban tratando injustamente. Pasó un año sin ningún avance.

En un momento dado, la abogada encontró una discrepancia entre las cantidades que mis empleadores habían deducido de mi salario como contribuciones de jubilación y las que realmente se habían ingresado en mi fondo de jubilación. Mis sentimientos de desesperanza e indignación aumentaron.

Algunos meses después, llegó la pandemia de 2020. En Argentina, estábamos confinados en gran medida en nuestros hogares. Me desesperé ante esta situación porque estaba ansiosa por jubilarme y comenzar una nueva etapa en mi vida. Le mencioné esto a mi hermana, que también estudia la Ciencia Cristiana, y empecé a aceptar su guía.

Me sentí impulsada a abordar la situación desde una perspectiva espiritual. En ese momento, mi hermana era Primera Lectora en Primera Iglesia de Cristo, Científico, en Rosario, y compartió conmigo diferentes pasajes de la Biblia y *Ciencia y Salud con la Llave de las Escrituras*, escrito por Mary Baker Eddy, que podían ser útiles. Un pasaje de los Salmos me llamó la atención: “Sol y escudo es el Señor Dios; gracia y gloria da el Señor; nada bueno niega a los que andan en integridad” (84:11, LBLA). Sabía que no podía ser privada de ningún bien, porque todo lo bueno venía de Dios.

También encontré mucho consuelo en estudiar la Lección Bíblica semanal del *Cuaderno Trimestral de la Ciencia Cristiana*. A través de mis oraciones, comencé a estar alerta a las ideas de Dios que podían ayudar a la situación. Primero me di cuenta de que al trabajar desde casa podía realizar el proceso de jubilación en persona, porque las oficinas del fondo estaban cerca. Así que

despedí a la abogada y comencé a ir a esas oficinas yo misma, para comprender mejor la situación y tratar de encontrar una solución.

Había oído que el presidente de la institución encargada de mi fondo de jubilación parecía ser completamente rígido e intransigente. Seguí orando, sabiendo que en el reino de Dios la única autoridad es la divina. Afirmé en silencio que podía ver a todos como hijos de Dios, reflejando las cualidades divinas que se expresaban en su trabajo. También volví a hablar con la dirección de la escuela, y pusieron al abogado de la escuela a cargo de manejar mi caso semana tras semana. No obstante, el presidente del fondo siguió siendo un impedimento.

Mi hermana y yo seguimos confiando, orando y dando pequeños pasos. Se me ocurrió orar también con el Padre Nuestro, ya que, como menciona la Sra. Eddy, es “esa oración que cubre todas las necesidades humanas” (*Ciencia y Salud*, pág. 16).

Algunos meses después leí en el periódico que el presidente del fondo había renunciado a su cargo. Cuando el nuevo presidente asumió el cargo, el abogado de la escuela pudo reunirse con él y acordaron cómo resolver mi caso. A finales de 2021 pude recibir mi pensión.

Doy gracias a Dios por mi estudio de la Ciencia Cristiana, que me ayudó a superar este problema específico y me dio más herramientas espirituales, mayor comprensión y confianza en el cuidado infalible de Dios.

PARA NIÑOS

Los pensamientos de Dios me sanaron

Olive

Apareció primero el 15 de diciembre de 2025 como original para la Web.

Estoy muy agradecida por una curación que tuve en el campamento el verano pasado. Me gustaría contártelo.

Alrededor de la hora de la cena, una de las consejeras principales nos dijo que fuéramos a nuestras cabañas y cerráramos las ventanas porque iba a haber una tormenta. Fui a mi cabaña con mi consejera, y cuando estaba cerrando una de nuestras ventanas, pisé una chinche y se me clavó en el pie.

Me asusté mucho porque nunca había pisado algo tan afilado. Comencé a llorar y abracé a mi consejera. Ella sacó la chinche, me consoló y me dijo que podíamos orar.

Luego me vinieron dos pensamientos de Dios. Primero, me vino el pensamiento: “No puede haber nada aparte de Dios ni nada que esté mal”.

El siguiente pensamiento que tuve fue: “Quédate quieta”.

Así que me senté allí y realmente pensé en cuánto amor y armonía había a mi alrededor. También pensé en que Dios nunca permitiría que me lastimaran porque Dios es Amor. Aprendí todas estas ideas en la Escuela Dominical de la Ciencia Cristiana y me ayudaron a sentirme mejor.

Después de la cena, hicimos una actividad nocturna y me olvidé por completo de mi pie. Cuando lo pensé más tarde, no me dolía en absoluto y supe que estaba curada.

La pasé muy bien el resto de mi tiempo en el campamento.

¿Estrés en el aeropuerto? ¡La oración puede ayudar!

Sarah Geis

Apareció primero el 25 de agosto de 2025 como original para la Web.

Mientras viajaba a casa con mi hermano mayor, nuestro vuelo de salida de Boston se retrasó.

Acababa de asistir a una cumbre de jóvenes organizada por La Primera Iglesia de Cristo, Científico, y sentí que este retraso era muy decepcionante. Tenía muchas ganas de llegar a casa y contarle a nuestra familia sobre el viaje.

Una hora más tarde, anunciaron que nuestro vuelo se retrasaría tres horas más. Era tarde y mi hermano y yo estábamos agotados. Llamamos a nuestros padres y les contamos lo que pasaba. Después de un largo período de espera que agotó nuestra paciencia, nos dijeron que nuestro vuelo había sido cancelado. Estaba realmente molesta. Tenía que asistir a un ensayo de seis horas de la banda de música al día siguiente, y ya era casi medianoche.

“¡Solo quiero irme a casa!”, pensé. A continuación, otro pensamiento siguió de inmediato: “*Estás en casa, Sarah. Estás en el reino de los cielos*”.

Inmediatamente, supe que este era un pensamiento de Dios, porque sentí que la paz me embargaba. Con frecuencia, pensamos que el hogar es un lugar específico, pero lo que este pensamiento me dijo fue que estar en casa realmente significa estar en la presencia de Dios. En el Evangelio de Mateo en la Biblia, Jesús dice que “el reino de los cielos se ha acercado” (4:17). Esta es una promesa de que Dios y Su bondad siempre están con nosotros. Ahí es donde vivimos. Este pensamiento me inspiró a orar sobre la situación de nuestro viaje.

Al principio pensé que, si oraba lo suficiente, nuestro vuelo ya no sería cancelado. Luego me pregunté si así es cómo funciona la oración verdaderamente. Solía creer que la oración no solo era confiable, sino predecible: Oras por un problema y luego desaparece. Este pensamiento casi me hizo reír a carcajadas. Me di cuenta de que delinear lo que sientes que debería suceder no es realmente una oración. Mary Baker Eddy explica en *Ciencia y Salud con la Llave de las Escrituras*: “Aquello que deseamos y pedimos no es siempre lo que más nos conviene recibir. En este caso el Amor infinito no otorgará la petición” (pág. 10).

Momentáneamente distraída por mi deseo de llegar a casa, había olvidado que Dios realmente nos está gobernando a todos, incluyéndome a mí. Sabía que Dios cuidaría de mí, y de todos los demás pasajeros, indefectiblemente.

Muchas personas estaban tensas y enojadas, gritándole al recepcionista y preguntando por qué se había cancelado nuestro vuelo. Oré para ver a todos como amados y amorosos, ya que Dios es Amor y nos creó a cada uno de nosotros para expresarlo. Finalmente, la tensión disminuyó y agradecí la paciencia del recepcionista y otro personal de la aerolínea.

A mi hermano y a mí pronto nos dieron una noche gratis en un hotel. Nuestras necesidades fueron satisfechas a cada paso del camino. Más tarde, me enteré de que habían reportado un tiroteo en nuestro aeropuerto de conexión y disturbios en las cercanías de nuestro destino final. A pesar de lo que había pensado originalmente, resultó mejor que el vuelo hubiera sido cancelado.

Han pasado ocho años desde esta experiencia y he reflexionado más sobre lo que me enseñó. Originalmente, había pensado que Dios sabía de las cosas malas que sucedían en nuestro camino, por lo que redirigió nuestro rumbo. Pero más tarde, me di cuenta de que Dios no había dictado la cancelación de un vuelo y puesto a sus pasajeros en un hotel por la noche. Dios es bueno y solo conoce y expresa el bien. Así que se trataba más de cómo mi experiencia se ajustó a los hechos espirituales cuando reconocí que la bondad de Dios tenía que expresarse de manera tangible.

Comprendí que lo único que tenía que hacer era esperar el bien para verlo en mi experiencia. La Biblia dice: “Confía en el Señor con todo tu corazón, y no te apoyes en tu propio entendimiento. Reconócele en todos tus caminos, y Él enderezará tus sendas” (Proverbios 3:5, 6, LBLA). Esto me dice que podemos confiar en que el bien siempre se manifestará, aunque a veces de maneras que no esperamos, porque el bien es la ley de Dios.

El bien me fue revelado de muchas maneras y expresado por las personas que me rodeaban: en la paciencia del personal de la aerolínea, la gentileza de nuestro taxista y la amabilidad del recepcionista del hotel. Me sentí muy agradecida de que pudiéramos viajar a casa de manera segura al día siguiente.

Incluso si mi vuelo no hubiera sido cancelado, sé que todavía habría estado a salvo bajo el cuidado de Dios, y siempre lo estaré, porque vivo en el reino de los cielos. ¡Estoy muy agradecida de saber que esto es para todos!

Dios: la fuente de la paz

David Agudelo

Apareció primero el 25 de octubre de 2025 como original para la Web.Original en español

Cuando era niño, me enfermé y me diagnosticaron leucemia. Mi padre era Científico Cristiano; mi madre no lo era. Pero cuando tenía doce años y los médicos dijeron que no había nada más que pudieran hacer por mí, mi mamá, mis abuelos y yo comenzamos a estudiar la Ciencia Cristiana, junto con mi padre.

Surgieron muchos problemas de salud asociados con esta enfermedad, y la Ciencia Cristiana me permitió resolverlos uno por uno. Los calambres eran la molestia más frecuente en mi cuerpo; sin embargo a través de nuestro estudio de la Ciencia Cristiana, los ataques se volvieron menos severos hasta que finalmente, cuando tenía unos dieciséis años, tuve un último episodio. Esa noche fue muy larga. Fue una lucha como la de

Jacob con el ángel (véase Génesis 32:24-30). Mis padres hicieron todo lo posible para ayudarme a sentirme cómodo, pero lo más importante es que me leyeron pasajes de nuestro pastor, la Biblia y el libro de texto de la Ciencia Cristiana, *Ciencia y Salud con la Llave de las Escrituras*, de Mary Baker Eddy, lo que nos daba consuelo y seguridad, y todos orábamos. Una cosa que recuerdo que me leyeron fue esta cita del libro de texto: “No hay dolor en la Verdad, y no hay verdad en el dolor...” (pág. 113).

Mis padres me leyeron en voz alta hasta que finalmente me quedé dormido. Cuando me desperté por la mañana, me sentí renovado y sentí como si me hubiera despertado de un mal sueño. Después de esto, nunca más volví a experimentar calambres ni ningún otro síntoma de la enfermedad. Quedé completamente sano.

También fui sanado de algunos desafíos de personalidad. Por ejemplo, solía ser extremadamente tímido al punto de no querer hablar nunca. Pero cuando me gradué del bachillerato, sin haber orado específicamente por esto, se me dio una mención de honor como la persona más sociable del colegio. También solía ser muy agresivo físicamente, al punto que me peleaba a puñetazos con otras personas. Después de una pelea que inicié en la que unas treinta personas me golpearon en represalia, mi padre me preguntó: “¿Cómo lo quieres resolver?”. Una opción era legalmente. Otra fue pedirles a algunos parientes fuertes que fueran a pelear conmigo. Pero por sugerencia de mi padre, decidí empezar a pensar en las cualidades espirituales de las personas que me habían golpeado, y cambiar lo que pensaba de ellas. Después de eso, me sentí capaz de resolver problemas sin agresividad y ya no me peleé con nadie. Sentí que Dios me mostraba cómo resolver las cosas de manera diferente y enfocarme en las cualidades divinas de las personas.

Cuando tenía entre dieciséis y veintidós años, me vi frecuentemente envuelto en accidentes automovilísticos. Luego, mi padre, que se convirtió en practicante de la Ciencia Cristiana en esa época, me animó a comenzar a orar desde el punto de vista de que Dios es todo. Me recomendó que hiciera un fuerte trabajo de oración cada vez que conducía, entendiendo

que hay una sola Mente que guía nuestro manejo, no muchas mentes.

Entonces, cada vez que veía a alguien ir rápido, en lugar de pensar que me iba a chocar, comencé a bendecirlos y a saber que todos estábamos protegidos. O, si veía a alguien conduciendo despacio, no lo criticaba, sino que sabía que era una idea capaz de Dios. A medida que hice esto, se acabaron los accidentes.

También tuve muchas dificultades cuando empecé la universidad. Reprobé el primer y segundo semestre, entonces le dije a mi papá que no quería estudiar esas materias; quería ser abogado. Mi papá me dijo que seguiríamos orando y esforzándonos por comprender mi identidad y mis cualidades divinas. Comencé a orar con la idea de que yo no era un desastre como estudiante, sino una idea de Dios. Me comenzaron a dar ganas de estudiar, y no reprobé ninguna materia. Incluso terminé con éxito todos los exámenes finales que deben dar los abogados y completé con éxito mi carrera y luego agregué una especialización.

Tengo una bendición, o prueba más del poder de Dios, para compartir. Trabajo para una entidad pública, y nuestro trabajo es inspeccionar las instituciones financieras y verificar que cumplan adecuadamente con todos sus procesos para que los consumidores no se vean afectados negativamente. Me pusieron a cargo de un equipo; el otro equipo estaba dirigido por una persona que era muy difícil, arrogante, malhumorada y conflictiva. Las reuniones entre nosotros eran todo un desafío.

En lugar de reaccionar a su actitud despectiva, comencé a orar para entender que ella era hija de Dios. Fue difícil para mí porque los sentidos mostraban otra cosa. Pero seguí orando con esa verdad, y el día de la reunión, cuando íbamos a hacer nuestras presentaciones a nuestros gerentes, estaba muy seguro de la confianza que sentía en Dios. Nos habían dicho que las personas que iban a ver nuestra presentación eran personas con mucho conocimiento, mucho prestigio. Yo sabía que sólo hay una inteligencia —que es Dios, la Mente única, que gobierna a todos— no muchas mentes que realizan diferentes actividades. Y cuando empecé a trabajar con esta otra líder de equipo, me sentí tranquilo. Sabía que

no iba a enfrentarme a mentes diferentes, sino a una sola Mente, y que la inteligencia divina prevalecería.

Cuando ella empezó a presentar, le hicieron preguntas muy difíciles. Ella se bloqueó, y tuve el fugaz pensamiento de alegrarme por eso. En cambio, comencé a bendecirla, sabiendo que era capaz e inteligente. Ella logró encarrilar las cosas y su parte de la reunión terminó, sin mayores contratiempos.

Luego fue mi turno de hacer mi presentación. Sentí la presencia de Dios durante este tiempo, y vi a las personas en la sala como hijos de Dios. Después, los gerentes sintieron que el material que yo tenía era tan impactante que decidieron llevarlo al siguiente nivel y me invitaron a presentarlo a toda la institución.

Cuando llegó el momento de hacer la presentación, la mesa era como esas mesas del rey Arturo, donde hay muchísimos caballeros, mucha gente de la nobleza. Y sentí como si no perteneciera allí. Pero cuando comencé, sentí un apoyo divino y una voz interior que me dijo: “Este es tu lugar y tienes derecho a grandes cosas”. Me sentí en verdad en la presencia de Dios, y fue realmente hermoso. Todo el trabajo que se había hecho fue exitoso. Pude llevar a cabo el proyecto en el que estaba trabajando y todo se completó con total armonía.

Después de esta época difícil y penosa de la vida vinieron muchas alegrías y muchas bendiciones, entre ellas mi hermosa familia: una esposa y dos hijos. La Ciencia Cristiana es verdaderamente la “perla de gran precio” (Mateo 13:46). Incluso me he hecho muy amigo de mi compañera de trabajo que había sido tan difícil. En cada situación que he enfrentado y superado, más de una vez al día, me he recordado a mí mismo que Dios es la fuente de mi paz y que nada ni nadie puede quitármela. Con todas las ideas anteriores, puedo empezar a comprender la totalidad de Dios, entendiendo que, dado que Dios lo es todo, no hay lugar para el caos, la enfermedad o cualquier otra situación que parezca grave y que, sin embargo, cuando cambiamos nuestra perspectiva correctamente, desaparece en la nada.

David Agudelo

Bogotá, Colombia

La oración restaura la audición

Cecilia Carzoglio

Apareció primero el 19 de enero de 2026 como original para la Web.Original en español

Cuando era niña, aprendí a amar a Dios y deseaba comprenderlo mejor. Cuando encontré la Ciencia Cristiana, ese profundo deseo se cumplió. En sus escritos, la Descubridora de la Ciencia Cristiana, Mary Baker Eddy, revela a Dios como Vida, Verdad y Amor infinitos, y al hombre como Sus hijos e hijas espirituales.

Al estudiar el trabajo seminal de la Sra. Eddy, *Ciencia y Salud con la Llave de las Escrituras*, junto con la Biblia, conocí mi estado espiritual como hija de Dios y he sanado de toda clase de problemas.

Empecé a estudiar el piano cuando tenía seis años. Me encantó, y continué mis estudios de música hasta que me gradué y pude enseñar. En una oportunidad, no podía oír bien de un oído. Mi preocupación era que mi trabajo como profesora de música se vería afectado. Estudié este pasaje de la Biblia: “El oído que oye y el ojo que ve, ambas cosas igualmente ha hecho Jehová” (Proverbios 20:12).

También busqué la definición de *oídos* en el Glosario de *Ciencia y Salud*: “No los órganos de los así llamados sentidos corporales, sino la comprensión espiritual.

“Jesús dijo, refiriéndose a la percepción espiritual: ‘¿Teniendo oídos, no oís?’ (Marcos 8:18)” (pág. 585).

Nuestra Guía explica que, debido a que somos el reflejo de Dios, y Dios es Espíritu, todo nuestro ser es espiritual. La vista, el oído, todos los sentidos del hombre, son

espirituales y no se pueden perder. Ni la edad ni un accidente pueden destruirlos.

Comprendí que mi audición está intacta para siempre, que puedo escuchar la voz de mi Padre porque Él se comunica directamente con mi conciencia. No hay intermediarios entre la Mente única y su idea.

Mis alumnos y yo habíamos escuchado a menudo la música de Beethoven, y me preguntaban cómo pudo componer obras tan maravillosas, incluso después de haberse quedado sordo. La Sra. Eddy menciona esta situación en *Ciencia y Salud* y agrega: “Las melodías y compases mentales de la música más dulce superan el sonido del que se está consciente” (pág. 213). También escribe: “La armonía en el hombre es tan bella como en la música, y la discordancia es antinatural, irreal” (pág. 304).

Afirmaba en oración que mi ocupación, de la que tanto disfrutaba, era la expresión de la armonía del Alma, y que nada inarmónico podía interrumpirla. Sentía que Dios me había dado la oportunidad de enseñar música, y estaba muy feliz de poder compartirla con los niños, quienes tanto la apreciaban. Seguí reconociendo y meditando en esas verdades.

Un día, cuando llegué al colegio y estaba trabajando con el coro, comencé a oír claramente sus bellas voces. ¡Fue tan maravilloso! Sentí tanta gratitud. Solo podía alabar a Dios por Su bondad y amoroso cuidado. Él me sostuvo en este desafío y nunca me dejó separarme de Su cuidado.

Un himno de James Montgomery dice:

Es tan sencilla la oración

que el niño la dirá;

mas su sublime invocación

a lo alto llegará.

(*Himnario de la Ciencia Cristiana*, N.º 286, © CSBD)

Esperar la curación es una forma de orar sin cesar. Es recurrir a nuestro amado Padre como un niño, con pureza e inocencia. Es elevar nuestro pensamiento

sobre lo que nos muestra la situación humana y saber con seguridad que Él nos libera de todo lo que es contrario al bien. La Mente divina lo ha hecho todo y no creó nada dañino ni que diga mentira, así que solo podemos experimentar la salud, la justicia, la abundancia, el progreso: la libertad gloriosa de ser hijos de Dios.

Cecilia Carzoglio

Montevideo, Uruguay

Encuentra paz y su hombro es sanado

Suzanne Salvatore

Apareció primero el 26 de enero de 2026 como original para la Web.

En el otoño de 2012, como muchos durante la temporada electoral en mi país, me sentí abrumada por la inestabilidad nacional. Tras solo dos años en la práctica pública de la Ciencia Cristiana, me di cuenta de cuánto me quedaba por aprender sobre cómo mantener la serenidad y la paz espirituales en tiempos turbulentos. Anhelaba comprender más de la armonía que el Amor divino prometía.

Entonces, estando de visita en Boston antes de las vacaciones de Navidad de ese año, tuve un desafío físico que me impulsó a profundizar mi comprensión espiritual. Una tarde, al recorrer la ciudad, resbalé y caí con fuerza sobre mi hombro en una vereda empedrada. Escuché un chasquido al caer y no pude mover el brazo izquierdo. Varias personas amables que presenciaron la caída acudieron en mi ayuda, preocupadas y animándome a ir al hospital. Amablemente me negué y simplemente pedí que me ayudaran a sentarme en un banco cercano.

Después de que se fueron, me sentí sola, asustada y dolorida, así que llamé a una practicista de la Ciencia Cristiana para que me ayudara mediante la oración, y recurrí en el pensamiento a la guía del Amor divino. La practicista gentilmente me animó a caminar hasta una Sala de Lectura de la Ciencia Cristiana que estaba cerca. Luego leyó esto del *Himnario de la Ciencia Cristiana*: “Amaos unos a otros, —palabra de revelación; / El Amor libera de la esclavitud del error, —El Amor es liberación” (Margaret Morrison, Himno N.º 179, © CSBD, según versión en inglés).

Pude caminar hasta la Sala de Lectura, encontrar este himno y leerlo varias veces. Desde entonces, se ha convertido en una de mis oraciones más preciadas, y me ha ayudado a darme cuenta de que mi seguridad, protección y progreso descansan en este Principio, el Amor divino.

Después de recobrar las fuerzas en la Sala de Lectura, tomé un taxi hasta mi alojamiento. Casualmente me alojaba en un sanatorio de enfermería de la Ciencia Cristiana, un refugio espiritual que incluye un lugar para descansar y estudiar. El hecho de que ya tuviera una habitación en ese lugar tan compasivo me decía que estaba exactamente donde necesitaba estar.

Cuando llegué, la recepcionista se ofreció a llamar a una enfermera de la Ciencia Cristiana por mí, lo cual acepté con gratitud. Fue mi primera experiencia aceptando un servicio así, y estaba inmensamente agradecida por ello. Estar rodeada del afectuoso apoyo de la enfermera de la Ciencia Cristiana, y sentir las oraciones de la practicista de la Ciencia Cristiana, me animaron. El miedo y el dolor empezaron a disminuir mientras seguía orando con “profundas y concienzudas declaraciones de la Verdad” (Mary Baker Eddy, *Ciencia y Salud con la Llave de las Escrituras*, pág. 12).

Durante los dos días siguientes, la Lección Bíblica del *Cuaderno Trimestral de la Ciencia Cristiana* se convirtió en mi guía; las verdades sanadoras que se encuentran en la Biblia y en *Ciencia y Salud* me sostuvieron y apoyaron. Este apoyo fue para mí un encuentro sagrado con el Amor divino. Estaba aprendiendo a escuchar ese llamado siempre suave, “Subid acá” (Apocalipsis 11:12), para elevar mis pensamientos a Dios. Mientras

seguía escuchando y cediendo a una comprensión más profunda e íntima de Dios, pude mantener mi mente alejada de la lesión en el hombro y centrada en la totalidad de Dios, el bien.

A medida que avanzaba la semana, la Lección Bíblica apoyó y guio mi progreso. Estaba muy agradecida por la curación que se estaba produciendo. La enfermera de la Ciencia Cristiana siguió ayudándome a ducharme durante el resto de mi estancia y yo seguí sintiéndome animada por las oraciones de la practicista de la Ciencia Cristiana.

El domingo por la mañana, ya pude asistir a la iglesia. Oré con la idea de que la Iglesia es “la estructura de la Verdad y el Amor; todo lo que descansa sobre el Principio divino y procede de él” (*Ciencia y Salud*, pág. 583), y oré para verme como un reflejo de Dios —de la Verdad y el Amor— reconociendo que mi estructura es verdaderamente espiritual.

Al final de la semana, pude agradecer tanto a la enfermera como a la practicista de la Ciencia Cristiana por sus servicios y regresar a casa por mi cuenta. Una vecina amorosa me recibió en el aeropuerto y me ayudó con la compra y los recados. Otra persona cuidó de mi perro y me recordó que la bondad seguía manifestándose en mi experiencia.

En pocas semanas, volví a mi rutina: pasear al perro, asistir a la iglesia, hacer las tareas domésticas y orar por los demás como practicista de la Ciencia Cristiana. Pero, más importante aún, llevé adelante los tesoros espirituales adquiridos a través de esta experiencia. La paz que había anhelado al principio de la temporada ahora estaba arraigada en una conciencia más profunda del amor y la dirección siempre presentes de Dios.

En los años siguientes, no he tenido más problemas con la fuerza y movilidad de mi hombro; sigo jugando al golf y nadando con regularidad. Esta experiencia fue realmente un punto decisivo: un sagrado recordatorio de que ninguna caída, ningún temor ni confusión pueden separarnos del poder, la presencia y la paz del Amor divino.

Suzanne Salvatore

Inflamación de la piel sanada

Colyn Case

Apareció primero el 3 de noviembre de 2025 como original para la Web.

Me enteré acerca de la Ciencia Cristiana en la universidad, donde conocí a mi futura esposa, que ya era Científica Cristiana. Nuestra familia ha sido bendecida por muchas curaciones. He aquí una de ellas.

Un día, poco después de regresar a casa tras trabajar en el establo de los caballos, comencé a sentir una inflamación en la piel, que se agravó al día siguiente y pronto cubrió todo mi cuerpo. Era difícil moverse. El problema me distraía tanto que no podía dormir mucho. Continuó así durante aproximadamente una semana.

En algún momento llamé a un practicante de la Ciencia Cristiana para que orara por mí. No me acuerdo de lo que hablamos al principio, pero sí recuerdo haber leído pasajes de *Ciencia y Salud con la Llave de las Escrituras* de Mary Baker Eddy y sentirme muy inspirado por ellos.

Después de un par de días más, escuché algunos comentarios inquietantes acerca de la respuesta de mi jefe respecto a mi ausencia. Aparentemente, le estaba diciendo a la gente que yo no tenía ningún problema físico, sino que me quedaba en casa para evitar una tarea difícil en el trabajo.

Le conté al practicante sobre la situación. Después de considerarlo un poco, me preguntó, refiriéndose a mi jefe: “¿Amas a este hombre?”. Yo sabía lo que quería decir. Me habían enseñado en la Ciencia Cristiana que todos estamos hechos a imagen de Dios y que debemos amar a todos, así que dije: “Sí”.

Llegó el día siguiente, y no había habido ninguna mejoría en mi condición física ni en la situación con mi jefe. Y todavía no podía trabajar normalmente. El practicante repitió su pregunta sobre mi jefe: “¿Amas a este hombre?”. Pensé un poco más en ello esta vez y concluí: “Sí, amo a este hombre”.

Al tercer día, nuevamente no había habido ninguna mejoría en la condición o con mi jefe. El practicante me preguntó de nuevo: “¿Amas a este hombre?”. Esta vez estallé de ira: “¿Este hombre está diciendo mentiras acerca de mí y tratando de quitarme el trabajo! ¿Cómo puedo amar eso?”. “Bueno”, dijo el practicante, “tal vez deberías abordar ese tema”, y terminamos la llamada telefónica.

En ese momento me di cuenta de que se necesitaba algo más. No era suficiente profesar un amor teórico por mi jefe sobre la base de que era miembro de la raza humana. En cambio, necesitaba ver que este hombre era el hombre que hizo Dios. Dios no hizo del hombre un testigo falso. No lo hizo vengativo ni celoso. En cambio, Dios hizo al hombre a Su imagen, por lo cual es un verdadero testigo y no representa ninguna amenaza. Oré con sinceridad sobre eso durante una o dos horas para creerlo y comprenderlo genuinamente.

El problema físico se disolvió esa tarde, después de haber estado inmovilizado durante casi dos semanas. Pude regresar al trabajo y mis interacciones con mi jefe fueron armoniosas. Han pasado muchos años desde esta curación y el problema no ha vuelto.

Esta experiencia me trajo algunas lecciones importantes. Supongo que si hubiera ido al hospital cuando comenzó el problema, lo habrían identificado como determinada bacteria o virus y me habrían recetado algo para tratar de destruir el microbio. ¿Qué tuvo que ver esto con mi relación con mi jefe? No obstante, la curación que experimenté muestra claramente que esa relación debía ser sanada, y tan pronto como lo fue, yo también fui sanado físicamente.

Mi comprensión de lo que sucedió es que no se puede tener simultáneamente en mente el amor sanador y puro de Dios y un sentido de que el hombre, la idea de Dios, puede expresar algo menos que eso, incluido el odio vengativo. En otras palabras, “Amarás

a tu prójimo como a ti mismo” (Mateo 22:39) no es simplemente una buena moralización, algo bueno que hacer porque probablemente ayudará al mundo. Amar a nuestro prójimo es, en cambio, un reflejo de lo que Dios está haciendo. Es inherente a nosotros como semejanza de Dios, y realmente no podemos comprender a Dios, o experimentar Su amor sanador, a menos que lo hagamos. Como instruye la Biblia: “Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios. El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor” (1 Juan 4:7, 8).

Estoy agradecido por esta lección y por las muchas bendiciones recibidas gracias a la Ciencia Cristiana.

Colyn Case

Thetford Center, Vermont, EE. UU.

Curación de bronquiolitis

Douglas Figueiredo

Apareció primero el 27 de octubre de 2025 como original para la Web. Publicado originalmente en portugués

Para las vacaciones de Pascua de 2019, nuestra familia viajó a la costa del estado de São Paulo, en Brasil, para descansar un poco de nuestra rutina laboral.

¡Fue un viaje perfecto! Todas las noches estudiábamos la Lección Bíblica del *Cuaderno Trimestral de la Ciencia Cristiana*, tal como lo hacemos cuando estamos en casa.

Cuando publicamos una foto en las redes sociales, una amiga nos envió un mensaje diciéndonos que tuviéramos cuidado con una enfermedad llamada bronquiolitis, que, según dijo, estaba circulando. Inmediatamente comencé a reconocer que Dios protege a todos Sus hijos. Oré con algunas citas de la Lección de esa semana y otros pasajes de la Biblia. Este en

particular realmente me llamó la atención: “Nada les hará daño” (Lucas 10:19, NTV).

Resultó ser muy útil haber fomentado estas ideas en mi pensamiento ya que, un sábado, unas dos semanas después, cuando estábamos de regreso en casa, nuestro hijo menor empezó a sentirse enfermo. Comencé a orar, reconociendo que él, como hijo de Dios, solo podía expresar perfección, porque era la imagen y semejanza misma de Dios, el Espíritu, en quien no hay imperfección.

El lunes, como no mostró ninguna mejoría, mi esposa decidió ir a un pediatra. A nuestro hijo le diagnosticaron bronquiolitis. Pero el médico no le recetó ningún medicamento y dijo que no había tratamiento para esto. Nos explicó que debíamos ir al hospital el miércoles de esa semana, cuando la enfermedad alcanzara su punto máximo.

Cuando salimos del consultorio del médico, mi esposa comenzó a llorar. En ese momento, le dije: “Hay un tratamiento: el tratamiento de la Ciencia Cristiana”. A pesar del diagnóstico, y aunque apreciamos la bondad del pediatra, sabíamos que Dios es el único médico verdadero, el “gran Médico” (véase Mary Baker Eddy, *Escritos Misceláneos 1883-1896*, pág. 151), quien mantenía a nuestro hijo a salvo, inocente, puro y libre.

Mientras tratábamos a nuestro hijo a través de la Ciencia Cristiana, continuamos teniendo claramente en el pensamiento que era un hijo de Dios: perfecto, espiritual y sano. También reconocimos que, como tal, solo podía ser la imagen y semejanza de lo que es Dios, el bien, y que su naturaleza siempre había consistido plenamente en reflejar a Dios, el Amor.

La Sra. Eddy, la Descubridora y Fundadora de la Ciencia Cristiana, escribe en *Ciencia y Salud con la Llave de las Escrituras*: “Todo lo bueno o digno, lo hizo Dios. Lo que carece de valor o es nocivo, Él no lo hizo, —de ahí su irrealdad—” (pág. 525). Mi esposa y yo seguimos orando con convicción, confiando en estas ideas.

El versículo bíblico “Este es el día que hizo el Señor; nos gozaremos y alegraremos en él” (Salmo 118:24, NTV) fue muy útil para nosotros. Nos permitió reconocer que Dios crea cada día. Basándonos en esta

verdad espiritual, pudimos rechazar la idea de que la enfermedad alcanzaría su punto máximo ese miércoles. Razonamos que, en cambio, ese día —y todos los días — nosotros y nuestro hijo solo podíamos estar en la cúspide de la alegría espiritual: una cualidad que es innata en el Alma, Dios, y que cada uno de nosotros refleja continuamente.

Nuestro pensamiento se sosegó y calmó con estas vislumbres espirituales que procedían de la Mente divina, Dios. Para el miércoles, los síntomas habían desaparecido por completo. Nuestro hijo estaba, y sigue estando, bien.

Estamos inmensamente agradecidos a Dios por la Ciencia Cristiana y por esta y tantas otras curaciones que hemos experimentado.

Douglas Figueiredo

Hagen, Alemania

NOTICIAS DE LA IGLESIA

Cambio de Redactora en Jefe de las publicaciones periódicas de la Ciencia Cristiana

La Junta Directiva de la Ciencia Cristiana

Apareció primero el 2 de marzo de 2026 como original para la Web.

A finales de marzo de 2026, Ethel Baker, CSB, dejará su puesto como Redactora en Jefe del *Journal*, *Sentinel* y *Heraldo* (JSH), para regresar a su hogar en Buffalo, Nueva York, y centrarse en la práctica y enseñanza de la Ciencia Cristiana y colaborar de manera más activa en su iglesia filial. Le estamos muy agradecidos a Ethel por sus tres décadas de devoto servicio a La Iglesia Madre. También ocupó puestos en la Oficina del Comité de Publicación, en el Departamento de los Escritos de Mary

Baker Eddy, en las áreas de comunicaciones con la Sala de Lectura y las actividades locales de La Iglesia Madre.

Recientemente, al recordar sus casi seis años como Redactora de las publicaciones periódicas de la Iglesia, Ethel comentó lo siguiente: “Ha sido realmente valioso poder trabajar en estas indispensables publicaciones, en todos sus formatos, junto con un grupo muy dedicado de colegas, Científicos Cristianos en Boston, y mantener contacto con tantos colaboradores y lectores de todo el mundo. Estoy segura de que la participación y el alcance que tienen estas publicaciones no hará más que crecer en los próximos años. ¡Y yo misma seguiré colaborando!”.

Nos da mucha alegría anunciar que la nueva Redactora de JSH será Lisa Rennie-Sytsma, CSB, quien ha trabajado como Redactora Adjunta del *Journal* en estos últimos dos años, e incluso un poco más. Antes de venir a Boston en 2023, ya hacía mucho tiempo que Lisa se anunciaba en el *Journal* como practicante de la Ciencia Cristiana, antes de convertirse en maestra de la Ciencia Cristiana. También era muy activa en su iglesia filial. Lisa comentó: “Ha sido un gran honor y un privilegio sentir el amor y el compromiso del maravilloso personal del *Journal*, *Sentinel* y *Heraldo*. Espero seguir trabajando estrechamente con ellos, con nuestros colaboradores y lectores, para dejar que la luz del Cristo brille cada vez con más fuerza a través de los órganos de nuestra Iglesia, de modo que todas las personas, en todas partes, puedan sentir esa luz sanadora”.•

La Junta Directiva de la Ciencia Cristiana

Invitación a la Asamblea Anual 2026

La Junta Directiva de la Ciencia Cristiana

Apareció primero el 9 de febrero de 2026 como original para la Web.

Queridos miembros y amigos:

Un día, hace mucho tiempo, una gran multitud se reunió para oír a Cristo Jesús pronunciar lo que se conoce como el Sermón del Monte. Sus palabras introductorias recordaron a quiénes lo escuchaban, qué cualidades del pensamiento traen bendiciones, y por qué. Durante el sermón, Jesús les dijo a sus discípulos y a la congregación que ellos eran “la sal de la tierra” y “la luz del mundo”. Los instó a no dejar que la sal perdiera su salinidad, y a dejar que su luz brillara de tal forma que no solo revelara sus buenas obras, sino que, lo que era más importante, glorificara a Dios.

Haciendo eco de esto, Mary Baker Eddy, fundadora de nuestra Iglesia y descubridora de la Ciencia del Cristo, la que Jesús enseñó y practicó, escribe en el libro de texto de la Ciencia Cristiana: “Un Científico Cristiano ocupa en esta época el lugar del que Jesús habló a sus discípulos, cuando dijo: ‘Vosotros sois la sal de la tierra’. ‘Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder’. Velemos, trabajemos y oremos para que esta sal no pierda su salinidad, y esta luz no esté escondida, sino que irradie y resplandezca hacia la gloria del mediodía” (*Ciencia y Salud con la Llave de las Escrituras*, pág. 367).

El tema de la Asamblea Anual de La Iglesia Madre de este año está tomado de las palabras de Jesús: “Vosotros sois la luz del mundo... Así alumbre vuestra luz” (Mateo 5:14, 16). Nuestra práctica individual y diaria de la Ciencia Cristiana, y nuestro compromiso con la Iglesia, son cruciales para dejar que esta luz del Cristo irradie y resplandezca mientras velamos, trabajamos y oramos. La Asamblea Anual se celebrará el lunes 8 de junio de 2026 en Boston, Massachusetts, EUA, y

a través de conexión remota en cienciacristiana.com/asambleaanual.

En consonancia con el *Manual de La Iglesia Madre*, “los informes del Tesorero, el Secretario y los Comités, y los informes generales que se reciben del Movimiento” se darán en la asamblea (Mary Baker Eddy, pág. 56). Como valiosos miembros de La Iglesia Madre, su presencia en persona o de manera remota es esencial para la asamblea, y los esperamos con muchísimo entusiasmo y alegría. Los invitamos a enviar informes del Movimiento a la Secretaria de La Iglesia Madre, dónde se muestre cómo la luz del Cristo está brillando en su práctica de la curación y en las vivencias de su iglesia. Pueden enviar los informes por correo a servicio@csps.com, o bien enviarlos por WhatsApp o comunicarse por teléfono al número +1 617 450 7731.

Reunámonos, pues, el 8 de junio, con el mismo espíritu de quienes se reunieron en Galilea desde muchas regiones, hace ya tantos siglos.

Afectuosamente,

La Junta Directiva de la Ciencia Cristiana

¡Aleluya!

Lisa Rennie Sytsma

Apareció primero el 30 de marzo de 2026 como original para la Web.

No es que no se los hubiera contado. El libro de Lucas en la Biblia relata que, en por lo menos tres distintas ocasiones, Jesús había informado a sus discípulos que sería arrestado, ridiculizado, golpeado y crucificado — una forma horrenda de ejecución — pero les aseguró que resucitaría al tercer día.

No lo dijo de pasada. En una de esas ocasiones les pidió que dejaran que sus palabras “penetren bien en [sus] oídos” (Lucas 9:44) — en términos modernos, “Escuchen, por favor, esto es realmente importante” —. Otra de esas ocasiones fue tras un momento profundo en el que los discípulos reconocieron su misión divina de traer luz y salvación a la humanidad. Pero cuando

todo lo que había predicho ocurrió, y exactamente de la forma en que había vuelto a decir que ocurriría solo días antes, pareció que sus palabras no habían calado en los oídos de los discípulos. Cuando Jesús fue retirado de la cruz y sepultado en una tumba, en vez de contar los días hasta que resucitara, los discípulos se escondieron. Luego se burlaron de quienes decían haber visto a Jesús vivo al tercer día. No fue sino hasta que Jesús se les apareció personalmente que finalmente creyeron.

Su incapacidad para creer en lo que Jesús les dijo muestra cuán profundamente la mente humana se resiste a aceptar el evangelio que Jesús vino a enseñar y a probar. ¿Habríamos respondido de forma diferente si hubiéramos estado en el lugar de los discípulos? Ellos no tenían el Nuevo Testamento; no sabían cómo terminaba la historia. La fuerte reacción de Pedro en una de las ocasiones en que Jesús predijo lo que sufriría muestra lo impactantes que fueron esas palabras para ellos: “¡Dios no lo quiera, Señor! Esto nunca te ocurrirá” (Mateo 16:22, Revised Standard Version). ¿Fue la crucifixión una experiencia apropiada para el ungido de Dios? “¡Dios no lo quiera!”, exclamó Pedro, y es difícil no unirse a él en ese sentimiento.

Pero ¿de qué otra forma se podía transmitir el mensaje de Jesús sobre la salvación plena del hombre a aquellos para los que la materia parecía ser tan real como el Espíritu, Dios? Jesús ya había estado demostrando la capacidad de los hijos de Dios para reflejar el poder divino al destruir todo tipo de mal y superar la materia misma. Había sanado a los enfermos, resucitado a los muertos, caminado sobre el agua y viajado instantáneamente de un lugar a otro. Pero incluso sus propios discípulos todavía creían que había un límite para el dominio de Jesús sobre el mal y la materia.

No obstante, no había ningún límite. Nunca lo hubo. Dios no tiene límites, así que Sus hijos tampoco los tienen. Pero los seguidores de Jesús necesitaban estar plenamente conscientes de ese hecho. Para romper la resistencia de la mente humana, para demostrar su irrealdad, Jesús permitió que la suma total del mal y el odio dirigidos hacia él y la verdad que enseñó hicieran lo peor, que arrojaran todo lo que tenían contra él. Y él superó ese intento. Exactamente como había dicho

que haría. Exactamente como sabía que podía hacerlo. Era un conocimiento nacido de su convicción de que Dios es el único poder; hecho que él incluso le señaló al representante del Imperio Romano que estaba a punto de condenarlo a la crucifixión (véase Juan 19:10, 11).

Fue esta poderosa demostración la que finalmente destruyó el miedo de sus discípulos de que el poder de Dios tuviera un límite, que al final la materia siempre fuera la victoriosa. La Descubridora de la Ciencia Cristiana, Mary Baker Eddy, escribe: “Su resurrección fue también la resurrección de ellos. Los ayudó a elevarse a sí mismos y a otros del embotamiento espiritual y de la creencia ciega en Dios a la percepción de posibilidades infinitas” (*Ciencia y Salud con la Llave de las Escrituras*, pág. 34). Al desaparecer su duda y oscuridad, los discípulos pronto salieron de su escondite, fortalecidos para llevar el mensaje de Jesús adelante con valentía, enseñarlo, demostrarlo y transmitirlo.

El mensaje de la resurrección sigue siendo verdadero. No somos mortales atrapados en problemas mortales. Somos hijos de la luz, hijos del Amor, amados por el Amor que nos cuida, nos guarda y guía a cada momento.

Tal vez, nos sintamos sepultados en la duda y el miedo. Quizá estemos convencidos de que la Ciencia Cristiana funciona para algunas cosas —o para algunas personas, pero no para otras, ni para nosotros—. Si es así, podemos permitir que la resurrección de Jesús sea también nuestra resurrección, fortaleciéndonos para elevarnos a nosotros mismos y a los demás desde una fe esperanzadora en Dios hacia la clara comprensión de todo lo que es posible para Él.

Al reconocer el sacrificio de Cristo Jesús, podemos recordar que el hizo una demostración completa y pública del poder de Dios sobre la creencia en cualquier poder aparte de Dios. No tenemos que sufrir con Jesús en el sentido de que tenemos que repetir su experiencia. Pero para compartir su gloria, necesitamos vivir como nos enseñó a vivir, pensar como nos enseñó a pensar, actuar como nos enseñó a actuar. Podemos empezar poco a poco, pero al hacerlo, al poner fielmente en práctica sus enseñanzas, descubriremos que nosotros

también podemos sanar, podemos hacer resplandecer la luz de la salvación en el mundo.

¡Aleluya! Nos han dicho: ¡la buena noticia es nuestra!

Lisa Rennie Sytsma

Redactora Adjunta

EL HERALDO DE LA CIENCIA CRISTIANA

REDACTORA EN JEFE

ETHEL A. BAKER

REDACTORES ADJUNTOS

TONY LOBL, LARISSA SNOREK, LISA RENNIE SYTSMA

GERENTE DE OPERACIONES

PETER WHITMORE

GERENTE DE PRODUCTO

GRAHAM THATCHER, KARINA BUMATAY

PLANIFICACIÓN EDITORIAL Y DE CONTENIDO

GABRIELLA HORBATY-BYRD

CONTENIDO GENERAL Y PARA JÓVENES

JENNY SAWYER

REDACTORES

NANCY HUMPHREY CASE, SUSAN KERR, NANCY MULLEN,
TESSA PARMENTER, CHERYL RANSON, ROYA SABRI, HEIDI
KLEINSMITH SALTER, JULIA SCHUCK, JENNY SINATRA, SUZANNE
SMEDLEY, LIZ BUTTERFIELD WALLINGFORD

PRODUCCIÓN DE AUDIO

AMY RICHMOND; CARLOS A. MACHADO, TATIANNA PLEFKA

PRODUCCIÓN IMPRESA Y EN LÍNEA

GILLIAN LITCHFIELD, MATTHEW MCLEOD-WARRICK, NANCY
BISBEE, BRENDUNT SCOTT

APOYO EDITORIAL Y WEB

KRISTA KLAVA

DISEÑO

CAROLINA VILCAPOMA

EL HERALDO ES PUBLICADO POR LA SOCIEDAD EDITORA DE LA
CIENCIA CRISTIANA.